

# La independencia hispanoamericana

Alfredo García Giraldo\*

Nosotros decimos que América ha realizado a España y los españoles han realizado en América los sueños y aspiraciones políticas incubados en la Península. El más fuerte y profundo de esos ideales ha sido el de la separación o rompimiento con la Corona, que en el curso de la historia ha ido acompañado con el de la rivalidad entre las regiones que trasladaban allí –aquí– las diferencias que los enfrentaba en el Viejo Mundo. Ninguno de los españoles, al llegar a las nuevas tierras cejó en su forcejeo con sus coterráneos; aprovechó el Nuevo Mundo para dirimir o reproducir sus conflictos y las diversas regiones –la vasca en particular– se separaron del Rey español, ya no tanto como españoles, sino como americanos.

Hemos de decir para darnos a entender que el Rey hacía de mediador en los conflictos particulares y disponía de las tierras y títulos por repartir; ofrecía honores y dignidades al reconocer la empresa personal de la aventura americana, su-peditándola a los intereses del Imperio, lo que significó a la larga una fuente de conflicto, entre el español, que actuaba por su cuenta, y el Rey.

La Corona representaba la unidad, la cohesión del vasto Imperio español, mientras que el individuo representaba el riesgo, la aventura, la exploración de nuevas tierras, concedidas mediante disposición real.

El conquistador conquistaba para el Rey y el Rey refrendaba su conquista, cediéndole la tierra y los honores, pero guardando la jurisdicción sobre todo aquéllo.

Uno de los primeros en percibir este conflicto y sacarlo a flote fue el vasco Lope de Aguirre, quien desobedeciendo al Rey, se colocó fuera de su mando y orden, pretendiendo establecerse como sustituto. De todos es sabido que en su insólita navegación por el río Amazonas, el vasco se convertiría en un tirano y asesino y revelaría un hecho que

*Lope de Aguirre reproduce el enfrentamiento vasco con la Corona, esta vez en tierras americanas. Él rompía con el Rey como vasco y como americano, tal como lo hará tres siglos más tarde, otro vasco-americano, Bolívar; no reconociéndose español, aceptándose como vasco y por ende antiespañol (o más exactamente antimonárquico), y liberándose del Rey, encuéntrase con que es independiente de España, lo que ha producido en la historia de América una ficción.*

será constante en la historia americana: que desaparecido el Rey, le suplanta el caudillo, quien, arrogándose sus funciones, desemboca en un poder personal y despótico, de profundo corte antidemocrático. En aquella ocasión, América no rompe con el

\*Narrador e historiador colombiano, residente en Olot, Gerona, España.

Rey, pero en el episodio de Lope de Aguirre, se vislumbra esta tendencia profunda de la historia americana, cual es que el rompimiento con el Monarca conduce a una situación de profunda anarquía en el tejido social americano.

Pero además Lope de Aguirre reproduce el enfrentamiento vasco con la Corona, esta vez en tierras americanas. Él rompía con el Rey como vasco y como americano, tal como lo hará tres siglos más tarde, otro vasco-americano, Bolívar; no reconociéndose español, aceptándose como vasco y por ende antiespañol (o más exactamente antimonárquico), y liberándose del Rey, encuéntrase con que es independiente de España, lo que ha producido en la historia de América una ficción: ella es asumida como rompimiento frente a una supuesta opresión, sin caer en la cuenta de que el opresor ha sido quien remplazó en lo sucesivo al Monarca y que desprovisto de las investiduras reales no podía menos que caricaturizarlo: surgió entonces, el famoso dictador hispanoamericano.

Pero si el Rey mediaba en los conflictos civiles, protegía a los indios, velaba por el orden y la armonía de sus posesiones americanas;

promovía la riqueza y la cultura por mediación de sus Virreyes, el caudillo representaba un poder personal sin cortapisas, pues la labor de la Monarquía en América estaba regulada por lo llamados Juicios de residencia emprendidos contra los

funcionarios sospechosos de delitos públicos y por la imposición de las Leyes de Indias, que procuraban los derechos de los diversos pobladores de la América española, la repartición de justicia y la protección a los desvalidos.

Este caudillo hispanoamericano es, ante todo, bizarro, valiente, digno; capaz de afrontar cualquier adversidad, de sostener un país entero en el puño de su mano; de ser firme e ir hasta la muerte, si cabe, en defensa de sus ideas.

### Bolívar

Es, sin lugar a dudas, el personaje histórico más estudiado, más seguido, más aplaudido en la América del Sur. Es, asimismo, el mito más hondo, sobre el cual se han construido los países hispanoamericanos y contrariar su figura o su obra es casi como declararse antipatriota o renegar de su origen<sup>2</sup>.

No obstante todo ello, yo sostengo que el mito de Bolívar ha malherido el alma americana,



<sup>2</sup>Llegan extremos los comentarios sobre Bolívar que se publican en nuestros países: que si el caraqueño era más o menos mulato, más o menos enamoradizo, etc, etc. En fin, una verdadera exaltación, que encubre cualquier estudio crítico o reflexivo sobre tan importante personaje. No se quiere admitir que la grandeza de Bolívar estriba en que fue el principal autor de la separación de la América meridional de la Corona española. Sencillamente, de haber sido pobre y atrasada la Hispanoamérica de Bolívar, éste nunca hubiera adquirido la dimensión histórica que alcanzó.

al edificar su historia independiente sobre la base del rompimiento y el aislamiento, sobre la base de la destrucción y oposición consigo misma.

Estamos de acuerdo, y era irremediable, en que América rompiera con el Rey, pero sin romper, sin lanzarse, como aún se pretende hacer, con ferocidad sobre su pasado, sobre su sangre, sobre sus abuelos.

Obsérvese bien, de qué manera los Estados Unidos, desgajados de la Corona británica, nunca han desdicho de su pasado, fuera irlandés o inglés. Por el contrario, orgullosos de él se sienten; sobre esa base sólida han construido su país, ya que aceptando el pasado, sus raíces europeas, es como bien se enfrentan, como americanos, al porvenir, con seguridad y confianza.

El mismo Bolívar, al romper con el Rey, intentó luego reconstruir la unidad de origen español en la América del Sur, bajo su mando, con la creación de la Gran Colombia.

Pero sus intentos como déspota ilustrado y los intereses de los caudillos regionales, que surgieron a su amparo, dieron al traste con esa idea, que era reeditar, bajo su égida, lo que acababa de destruir.

Señalamos, entonces, que Bolívar, como vasco-americano que era, se condujo entre un aprecio y admiración inicial hacia España, habiendo estudiado la carrera militar en Madrid y habiéndose casado con una prima suya, madrileña ella, la marquesa del Toro, quien morirá, camino de Venezuela; paseándose por los salones de París y Londres, como aristócrata español, como militar español bien admirado, hasta más adelante optar por una radicalización antiespañola furiosa, febril y demencial, al declarar, por ejemplo, en 1813, la famosa "guerra a muerte" contra los realistas en Venezuela<sup>3</sup>.

Bolívar oscila, pues, entre el amor a su tierra y a su cultura (de la que era él un insigne escritor) y el odio antiespañol, de raigambre vasca, alentado por teorías republicanas y embebido por el ejemplo de Napoleón.

Bolívar pasa de ser un hombre inmerso en su cultura, a ser un imitador, un espejo deformado de las ideas que cobraban fuerza en Francia, y de la figura de Napoleón.

Es cuando Bolívar parece Napoleón. Es como él, rápido, nervioso. En sus amores, como Napoleón, presuroso e inestable. Como Napoleón, tuvo a su María Walewska, la Manuela Sáenz y como el corso con la condesa, abandona Bolívar a Manuela por temporadas; como Napoleón, vuelve a su amada y ella a él,

**Bolívar oscila,  
pues, entre el  
amor a su tierra  
y a su cultura  
(de la que era él  
un insigne  
escritor) y el  
odio  
antiespañol, de  
raigambre vasca,  
alentado por  
teorías  
republicanas y  
embebido por el  
ejemplo de  
Napoleón.**

<sup>3</sup>La explicación de este cambio tan profundo y súbito en el ánimo de Bolívar, no fue, como tratan de explicar algunos historiadores americanos, la muerte de su esposa. Sencillamente, Bolívar, siguiendo a su compatriota de origen canario, Francisco de Miranda, se hizo, en Londres, masón. Y como masón, antimonárquico y republicano.

cuando triunfa y le despide cuando decae: Walewska, al salir Napoleón preso hacia la isla de Santa Helena; Manuelita, al salir el caraqueño hacia su reencuentro consigo mismo: cuando abatido, pensaba regresar a Europa.

Y si Napoleón se hizo Emperador, Bolívar pretendió ser Presidente Vitalicio o gran Señor de la América del Sur.

*Hemos  
de afirmar  
que la masonería,  
si bien alentaba la  
hermandad y fraternidad  
entre los hombres, actuaba  
también y de manera  
solapada, sin dar  
la cara, contra los poderes  
establecidos  
y veía, en mi opinión,  
erróneamente, la tiranía  
representada en el  
Rey.*

Y con Bolívar, América comienza a imitar, a reflejarse en Francia y en la Gran Bretaña, a renunciar a sí misma.

Era inevitable. Y lo recalcamos, pues las ideas republicanas ganaban Europa y la misma España. Eran los vientos de la época, de los cuales casi ningún país civilizado se sustrajo a ellos.

La imitación tomó cuerpo: abarcó a la literatura, a la arquitectura, a las costumbres y al pensamiento. El Iberoamericano dejó de pensar

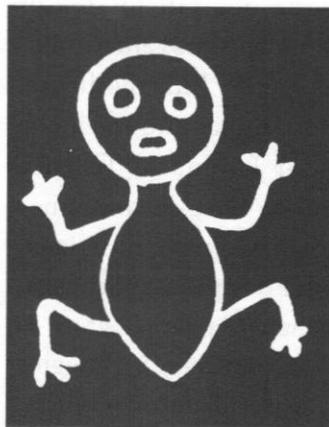
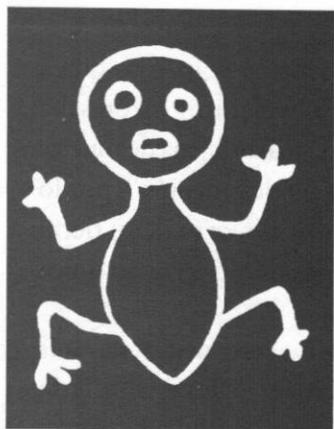
como español-americano, para pensar como francés o inglés. Hemos de decir que ello produjo conmoción: la formación católica chocó con la del pensamiento laico; el sistema básico de creencias que animaba al americano se convirtió en un conjunto de ideas que lo subvertían en su primera educación, despersonalizándolo.

Y el declinar de una cultura, tan enjundiosa, como la española, se ha percibido, por parte de los intelectuales más sensibles, como una incomodidad, una radical desorientación, un ofuscamiento consigo mismos, un deseo de adaptar, de copiar. Por ellos, incluso hoy día muchos intelectuales, periodistas, educadores americanos piensan en términos extranjerizantes, pero sienten como americanos.

Despotrican contra los fundamentos filosóficos de su propio existir; se salen de sí mismos, para enfrentarse con ellos mismos, como decíamos; se dividen, se escinden. Ello, es justo reconocerlo, ha permitido al iberoamericano entrar de lleno en las corrientes modernas del pensamiento y las letras, pero nutriéndose desde lo nuestro, tal como lo han hecho los grandes escritores hispanoamericanos y que ponen de presente su profunda ánima propia y no tanto su calco o simulación de otras culturas europeas. (O si se prefiere, asimilando a Europa desde lo español, enriqueciendo lo español desde una perspectiva americana).

### **Bolívar y San Martín**

La figura de Bolívar ha de completarse con la del general José de San Martín. Hijo de un oficial español, San Martín, desde muy joven viaja a España. Y como Bolívar, se educa en las mejores escuelas y academias militares. Tanto uno, como el otro, formados y apreciados en España, se vuelcan más tarde contra ella. San Martín llega a combatir en la defensa de España, en la batalla de Orún (1791), en la guerra del Rosellón (1793) y pelea contra Napoleón, por lo cual, en la batalla de Bailén (1804) es



ascendido a capitán de infantería. Luchó contra Napoleón, en España, para luego, luchar por las ideas que exaltaba Napoleón, en contra de España, en América.

Pero San Martín es más realista, más inteligente, más sensato que Bolívar, pues en tanto que éste propugna la separación absoluta de América, San Martín propone la libertad para los países del Nuevo Mundo, gobernados por un descendiente del monarca español y agrupados en confederación. San Martín comprende que, siendo independientes, estos países habían de ser ordenados por un Rey, pues la democracia absoluta le parece que conduciría a la anarquía y a la reyerta civil, como sucedió. Y ello hubiera desembocado en una monarquía constitucional, al estilo moderno, en la que los poderes del Estado se hubieran beneficiado de la labor mediadora del Rey.

Tanto Bolívar como San Martín eran masones y los dos se instruyeron en Europa, bajo la influencia, que ya anotábamos, de Francisco de Miranda<sup>4</sup>.

Hemos de afirmar que la masonería, si bien alentaba la hermandad y fraternidad entre los hombres, actuaba también y de manera solapada, sin dar la cara, contra los poderes establecidos y veía, en mi opinión, erróneamente, la tiranía representada en el Rey.

Bolívar y San Martín quizá no se percataron de que al imponer las órdenes masónicas en América, en realidad favorecían a la Gran Bretaña en su pugna por acceder al dominio de las tierras americanas y quebrar la hegemonía del Imperio español en ellas.

Con esta instrucción masónica, Bolívar y San Martín rompen con lo español, que era básicamente su sangre y su espíritu y adoptan

<sup>4</sup>Bernardo O'Higgins, fundador de Chile, cuyo padre había sido Virrey del Perú (1798-1800), hizo aprobar una constitución dictatorial en 1818, reprimiendo con dureza a sus opositores, a instancias de la Logia Lautaro, a la cual, como el general San Martín, estaba vinculado.

posturas extrajerizantes, que obedecen a otra dinámica y a otros intereses en Europa.

En realidad lo que desataron Bolívar y San Martín en América fue una cruenta guerra civil, entre realistas y separatistas. En el bando realista contábanse –cosa que ocultan los textos escolares de historia– muchísimos americanos e igualmente, en el bando independiente, muchos peninsulares. “En los años de lucha –escribe el historiador J. Ignacio Telledea Idégoras, refiriéndose a este tema– encontramos vascos a ambos lados: Geínza, Elorriaga, Urréjola, Elizalde, con los realistas; Nicochea, Zapiola, Aldao, con San Martín. Zárate se apellidaba el secretario del presidente O’Higgins y Rodríguez Endoiza, el guerrillero antagonista. “Este mismo historiador vasco, que ha seguido la huella de sus coterráneos en el Nuevo Mundo, nos recuerda que en la independencia de Colombia participaron, al lado de Bolívar, los vascos Anzoátegui, Ricaurte, Urdaneta y entre las mujeres Policarpa Salavarrieta (conocida como La Pola), Arrázola, Zárate, Loperena... Y en la ecuatoriana (separación, en realidad del proyecto bolivariano de la Gran Colombia) los Chimboya, Indaburu, Labaya...

Pues bien, a esta guerra abierta, que confundió los ánimos americanos, colocándolos delante de una disyuntiva tajante, le acompañaría un enfrentamiento regional, entre los llamados centralistas y los federalistas, pues cada región aspiraba a formarse, además de independiente del Rey (en gran medida forzadas por las circunstancias que imperaban en España), independiente de sus vecinos. Pero mientras que San Martín se opone a utilizar sus tropas para aplastar a los disidentes de la Argentina, Bolívar utiliza las suyas, para atacar a los centralistas de Bogotá y favorecer a los federalistas de Tunja, tomando en cuenta, con acierto, que las tendencias federalistas iban de consuno con sus ideas antiespañolas, sin percatarse, como bien lo hiciera San Martín, que roto el vínculo con el Rey, el americano

rompía consigo mismo. Sin ningún símbolo unificador, el americano se disgregaba; sin ningún elemento de cohesión (Bolívar y San Martín lo intentaron ser, sin éxito), el americano se anarquizaba. Sin Rey, cada uno formaba partido y le remedaba.

Creo que a San Martín le dolía más que a Bolívar esa situación, pues él mismo expresaba que el federalismo es “una palabra llena de muerte y no significa sino ruina y destrucción”, por lo cual, al renunciar a su mando, se va de su tierra natal, para ocuparse de la educación de su única hija y morir en Europa.

No obstante, Bolívar se muestra más ambicioso que San Martín. Difícil labor ésta para quien intenta escribir un episodio histórico, captar el ánimo más profundo de un personaje; penetrar en su pensamiento o en sus intenciones; revelar la tensión anímica que portaba. Lo

**Es por todo  
ello, que en  
nuestra opinión, en  
general, el balance como  
repúblicas independientes  
de la América española es  
negativo: inestabilidad  
recurrente de las  
instituciones, desorden  
económico y anarquía  
social. La obra  
emprendida por Simón  
Bolívar ha resultado,  
en cierta medida,  
un error.**

decimos, porque siendo la trayectoria militar se San Martín muy similar a la del caraqueño, descolla aquél por su generosidad, por aquella noble capacidad del ser humano de dar de sí, de ceder en su orgullo y ambición, para el bienestar de los otros.

San Martín, quizá ingenuamente, se confundió en la batalla antiespañola. Creía, como los masones lo pensaban, que en el Rey se hallaba el origen de la tiranía y por lo tanto, del dolor y sufrimiento de los pueblos. (Y en Hispanoamérica este argumento no cabe, dada la prosperidad y riqueza de que gozaban la mayoría de sus pobladores en aquella época). Pero observaba la importancia de instaurar un régimen que preservara, de un lado la independencia y del otro, la presencia de la Monarquía. Fórmula acertada, a nuestro juicio, que recuerda la adoptada por el Brasil, a quien la familia real portuguesa le otorga la independencia, habiendo regentado sus destinos un buen número de años. Esta transacción, aceptada, por lo que yo entiendo, por el Virrey La Serna, fue desechada por los oficiales realistas. Era sabia y acertada, mas su colofón fue por completo desafortunado, ya que San Martín se hace protector del Perú, para después, en Guayaquil, en 1822, ceder el mando de la América del Sur a Bolívar, que era a lo que aspiraba el caraqueño, pues si a San Martín le repugnaba ser Rey, al Libertador le entusiasmaba ser el gran caudillo de las tierras recién independizadas.

Y con él, con Bolívar, ideas e instituciones se forjan en el modelo francés y estas repúblicas echan a andar, tan separadas entre sí, que hasta se hacen la guerra por cuestiones fronterizas. Y por supuesto, se debaten en prolongadas guerras internas, que desangran a estos países.

Pero es de destacarse, que en el mundo, eran los primeros que poseían un régimen republicano, al lado de los Estados Unidos. ¡Cuántas pruebas y errores, cuántos desaciertos y omisiones, cuántos fallos, pero también

cuántos aciertos!, y con todo fueron forjándose como mejor pudieron. Abandonados a su suerte, imitando, los americanos continúan debatiéndose entre una vocación de cooperación a la española y un sendero de aislacionismo, por el cual acrecientan sus problemas.

Abiertos al modernismo de los Estados Unidos, continúan vinculados como comparsas al desarrollo que genera el país del Norte, pero se muestran incapaces de fortalecerse a sí mismos, para estar a la altura de los Estados Unidos.

Es por todo ello, que en nuestra opinión, en general, el balance como repúblicas independientes de la América española es negativo: inestabilidad recurrente de las instituciones, desorden económico y anarquía social. La obra emprendida por Simón Bolívar ha resultado, en cierta medida, un error. Una confederación de países hispánicos, independientes, o una agrupación española de países, cada uno con su autonomía propia; o una comunidad libre de naciones hispánicas habría sido la fórmula más acertada, en nuestra opinión, y la que esperamos que llegue a ser un día realidad.

En resumen, la cooperación regional permitiría superar, a nuestro juicio, la miseria y los profundos desajustes sociales que hieren a la América de origen español y le otorgaría estabilidad a sus instituciones, fundamentales para avanzar, evitando la destrucción periódica de vidas y bienes y la frustración de tantas esperanzas.

Estabilidad, que ha de ir acompañada de la iniciativa, libertad y capacidad creadora, de que han dado tanta prueba los pueblos iberoamericanos, indispensables para avanzar y progresar.

Todo ello significa, en suma, continuar el fortalecimiento de las instituciones democráticas, adecuación de ellas a las demandas sociales; profundización del Estado de Derecho y que haya una oposición inteligente, pacífica,

civilizada, constructiva, que contribuya a dar respuesta a los enormes desafíos que enfrentan estas sociedades.

Y recalco en la actitud, que en mi parecer, sería la ideal, en la práctica de la oposición, que muchas veces apela a las armas y a la violencia para reclamar reformas –muchas de ellas justificadísimas–, que por otros medios –inclusive los no parlamentarios– bien pueden ser alcanzadas. Es decir, Gobierno y oposición, en una dinámica constructiva, actuando, en lo posible, en consenso, cuando de las cuestiones de Estado se trata, en la discusión abierta de los problemas por resolver. Si por el contrario, la oposición opta por la radicalidad armada, enfrenta las opiniones, ahonda las diferencias y crea con su acción más pobreza y desolación de la que pretende combatir.

**hojas Universitarias.....**

